

Horizontes de la Cultura

4

Clásicos Chinos

por Diego Mirán



Aunque el drama tradicional chino —denominado por la alternancia de lo teatral y lo musical en su composición y desarrollo, "ópera"— ha llamado siempre la atención de lectores y espectadores occidentales, no son muchas las traducciones que hay de sus textos. Más de cuatrocientas son las piezas clásicas de esta expresión artística pináculo de la vieja cultura asiática, buena parte de las cuales, de muy remoto origen, continúan atrayendo al público sin que otros géneros y otras invenciones —el cine o la televisión, por ejemplo— "mellen tan secular afición. ¿Cuántas nos son accesibles en español? Hasta la aparición de un volumen con cuatro de ellas vertidas al inglés por la especialista Josephine Huang-Hung, recientemente traducido a nuestra lengua ("Teatro de Opera China" Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1963), muy escaso era el material de ese orden con el cual era posible contar.

Las cuatro piezas ("El salón de jade", "El pabellón del Fénix", "La dicha matrimonial" y "La ciudad del Dragón Ciruela"), que el volumen mencionado contiene, constituyen apenas una rendija por la cual asomarse a un mundo estético muy particular, pero proporcionan, por lo menos, una idea elemental pero cierta de la diferente esencia teatral de lo chino y lo occidental. La introducción, debida a la señora Huang-Hung, tiene el mérito de advertir por qué la lectura es una aproximación parcial a la creación escénica de esta ópera sui-generis, cuyas lagunas atinadamente ha intentado cubrir con explicaciones claras, concretas e interpretativas. De manera que cualquier falsa impresión queda previamente eliminada por dicho prólogo, importante no sólo en relación a la lectura sino a la información necesaria a cualquier hombre culto. En verdad, se trata de todo un pequeño tratado.

Los temas de las cuatro obras reunidas en el volumen de Editorial Sudamericana dan una idea de la finalidad moral y didascálica del teatro chino. La primera de ellas exalta la fidelidad de las esposas, la segunda la heroicidad de una mujer que provoca la caída de un traidor (es ésta una pieza épica, romántica, equiparable a alguna del clasicismo francés), la tercera —una comedia de costumbres— enseña que la ingratitud es una grave falta, y la última es una farsa en la que, tras el humor, se repudia la concupiscencia. El saber histriónico tan complejo que permite a los artistas convertir las sencillas líneas argumentales en una vasta prueba de dominio oral, musical, corporal, acrobático, etc., no es, por supuesto, improvisado.

Una riquísima escuela técnica —"El jardín de los perales"— educa a los intérpretes: el libro que aquí es comentado, brinda una idea bastante justa del carácter profesional del oficio escénico, que en el Oriente procura un alto prestigio social desde los primeros tiempos de la formación cultural. Es preciso no ignorar que quienes de estos textos casi siempre rectilíneos hacen una completa creación plástica, lírica y dramática, colmada de fantástico ornamento en el maquillaje y el vestuario, y de ritmo solemne y ritual en los desplazamientos, gestos, ademanes y actitudes, son personas que no sólo cuentan con una vocación y una aptitud adecuadas, sino asimismo que se hallan formadas para cumplir una misión singular.

"Teatro de Opera China", de impecable traducción que firma Josefina Martínez Alinari, es una legítima novedad en las librerías en castellano y una excelente contribución al conocimiento de un horizonte cultural, del cual aun hay mucho nuevo que aprender.